

AGUSTÍN ALVAREZ

Nació en Mendoza el 15 de Julio de 1857, falleció en Mar del Plata, el 14 de Febrero de este año. El país pierde uno de sus talentos más preclaros y la juventud un ardoroso defensor de sus derechos. De una honradez acrisolada, era la encarnación de las virtudes cívicas. Amaba la grandeza de la Argentina; era un paladín de sus libertades y del espíritu nacido en el libre examen. Sincero y abierto á todos los ideales, era un terrible enemigo de los que medran con el engaño. Sirvió, desde su juventud, con raro empeño al país, sin otro interés que el de su grandeza. De una rectitud inflexible, excitaba cuanta iniciativa tuviera por fin un propósito noble. Dotado de un extraordinario ingenio y de una rara capacidad para el análisis, abordaba los problemas más intrincados de la vida americana, conquistando en sus publicaciones, títulos de filósofo y escritor, original en grado sumo, conforme á su sagaz observación y á la agudeza con que interpretaba los hechos humanos. Agustín Alvarez, es para la juventud presente y venidera un ejemplo de valor moral y para las letras americanas, uno de sus grandes cultores.

Hizo sus estudios preparatorios en el Colegio Nacional de Mendoza y en 1876 ingresó en el Colegio Militar, de donde egresó dos años después con el grado de teniente. Su vida de soldado, en los cuarteles y campamentos de la expedición al Río Negro, fué para él una escuela fecunda de observaciones. Allí conoció las penurias de la «excelente carne de cañón» y la amargura de la «leche de la humana clemencia». Y conoció al indio, hijo de la pampa, y también al «indio» hijo de la ciudad, más corrompido y bárbaro que el salvaje, en su atroz culto del valor sin entrañas. Fué herido en 1880 en el combate de Barracas, y vuelta la tranquilidad política, ávido de más altos ideales, se entregó al estudio de la jurisprudencia, obteniendo el título de doctor en 1888. Sus estudios en la universidad no le impidieron desarrollar su infatigable actividad en otros órdenes; fué jefe de policía de su provincia natal, y una vez doctorado, juez en lo civil, hasta que en 1891 sus conciudadanos le eligieron para representarlos en la cámara nacional de diputados. Su acción parlamentaria lo destacó pronto. Sus ideas liberales le señalaron un puesto en las avanzadas de la evolución argentina, y desde su banca de legislador ó en sus bellos

artículos de diario, difundió con esa vehemencia que le era propia, sus opiniones y sus credos que formaban en su alma una especie de religión por la cultura y por la bondad. Esos trabajos, reunidos en libros, fueron «South America», «Manual de patología política» y «Ensayo sobre educación». Vocal letrado del consejo supremo de guerra y marina de 1896 á 1906, sus tareas judiciales tampoco obstataron para continuar su propaganda en la prensa, y organizada la Universidad Nacional de La Plata fué designado vicepresidente de la nueva institución que hoy ha llegado á ser modelo de universidades. En este establecimiento era profesor de historia de las instituciones libres y de historia crítica de la nación argentina. Sus lecciones, dadas á la publicidad en libros, se titulan «La transformación de las razas en América» é «Historia de las instituciones libres», dos libros que no son textos, conforme es común en las obras de los catedráticos, sino verdaderos estudios de crítica personal, compuestos por un hombre de vasta ilustración.

Todas las empresas que significaban adelanto y cultura para la patria, le tenían pronto á su lado. Fué profesor de la Escuela superior de guerra, presidente de la Sociedad Científica Argentina, del Instituto Geográfico Argentino, miembro de la Sociedad Forestal Argentina y del Museo Social Argentino.

Al lado del doctor Joaquín V. González, contribuyó á la estabilidad y grandeza de la Universidad de la que fué uno de sus más empeñosos y leales servidores. Su cátedra era verbo de luz y emancipación, los alumnos le escuchaban con respeto y el interés crecía hasta el entusiasmo excitado por la palabra fácil, sincera y cálida del maestro, en sus labios siempre la frase chispeante ó la anécdota breve, para contrarrestar la fatiga del auditorio que le amaba porque él era su amigo, su colega. A veces no era el programa, pero era la erudición oportuna que trabajaba convicciones hondas en los jóvenes y despertaba los instintos sanos que dormían en el fondo de sus corazones. Sus conferencias, por esa facilidad con que las ilustraba con cuentos ó citas de una gracia incomparable, atraían á la multitud y la multitud le escuchaba, reía, le aplaudía y aprendía. La Sociedad Científica Argentina, bajo su presidencia, inauguró un período de extraordinaria actividad; fué un centro de difusión de la ciencia, una cátedra de enseñanza y popularización. Abrió sus puertas al público y el público acudió para escuchar semanalmente á dos ó más conferencistas sobre temas del más alto valor científico.

Hay que lamentar con el dolor más profundo, la desaparición de un hombre necesario al país. A medida que pasen los años, vibrará en el alma de las generaciones como un pensador y un excitador de grandes ideales.